

**BOLETIN DE LA ACADEMIA PERUANA  
DE LA LENGUA, tomo 21, 1986**

1926: BORGES Y EL LENGUAJE

*Discurso del Académico Don Luis Jaime Cisneros*

Como es sabido, en el plural ejercicio de la pluma frecuentó Borges con valiente acierto la poesía, el cuento corto y el ensayo. No es posible abarcar en el irrevocable espacio de esta reflexión testimonios suficientes de esa variedad. He de circunscribirla a destacar la actitud de Borges frente al lenguaje en sus primeras prosas; dejaré afuera por lo tanto laberintos y espejos, círculos infinitos, así como los "convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena". Borges publica el nunca reeditado *Inquisiciones* en 1925 y *El tamaño de mi esperanza* en 1926. *Fervor de Buenos Aires* había inaugurado en 1923 su presencia en el ejercicio del verso y *Luna de enfrente* coincide en fecha con *Inquisiciones*. Como el tercer libro poético —*Cuaderno San Martín*— es de 1929, *El tamaño de mi esperanza* es un hiato entre esas dos efusiones líricas.

Me interesa proponer esta reflexión como arranque de ulteriores empeños. Muchas ideas brotan aquí sobre el lenguaje, la metáfora y la rima. Interesará averiguar en qué medida se anuncia una línea de conducta estética definida, cómo va ella recreándose y modificándose, y qué huellas de



todo eso son dables todavía en los últimos textos del autor. No me interesa interpretar lo que Borges 'quiso decir' (porque entonces mis palabras no serán de homenaje a un hombre que sentía horror por estas minucias filológicas), sino mostrar de modo cartesiano qué dijo, cómo lo expuso y cuándo lo firmó. Después de todo, éste es un homenaje de la Academia Peruana de la Lengua. Renegador de la preceptiva y censor de diccionarios y filólogos, Borges era —como es sabido— miembro de la Academia Argentina de Letras. Con expresa ironía, a raíz de ese nombramiento Sábato le sugirió proponer en la Corporación la abolición de los diccionarios; y Borges confesó tímidamente:

“Yo acepté porque estaba llevado por esa ola, que luego resultó totalmente falsa, de la revolución del 55. Pensé que habían empezado a suceder cosas buenas en el país. Y una de esas cosas era que nos nombraran como académicos a Mujica Láinez y a mí sin consultarnos. Pero después me di cuenta de que era un error, porque yo no tengo nada que ver con la Academia” (*Conversaciones con Sábato*, 103).

Este recelo de 1975 es eco fiel del que acunaba su efusión juvenil, cincuenta años atrás. El buen manejador de la lengua puede —como el experto ajedrecista con unos modestos peones— “inventar situaciones intolerables” y puede también, según Borges, “inventarse palabras nuevas” y con ellas alcanzar una prosa “secreta o pudorosamente ornamental”. No es, pues, a Borges académico sino al creador de lenguaje al que estas líneas mías rinden homenaje.

En aquel libro de 1926 propone Borges reconocer dos conductas en el manejo del idioma, “ambas igualmente tilingas e inhábiles”. La primera congrega a los galicistas haraganes que se decían la boga de un francés mal asimilado y peor digerido. En el otro grupo, rosario en mano y dándose

conspicuos golpes de pecho con invocaciones a Santa Teresa o a Fray Luis, se alineaban los casticistas "que creen en la Academia como quien cree en la Santa Federación". Por un lado, los enemigos de la fe a nombre de bandera extraña, y por el otro los adictos al orden y a la correcta organización de la frase. Unos gritan voces galicadas porque quieren independizarse, en tanto que los otros hacen gestos y agitan banderas de cruzados para hacer bulto y mostrar acatamiento y docilidad. Felizmente, a despecho de los unos y los otros, va la lengua caminando como río que fertiliza las tierras que atraviesa. Y Borges con ella. Lo sabe bien; no ignora que esa pelea absurda no es la suya, y así lo anuncia en página titulada *El idioma infinito*:

"Ese entrevero no me importa: oigo el ocuparse de algo en boca de todos, leo en la Gramática que ello equivale a desconocer la exquisita filosofía y el genio e índole del castellano y me parece una zonzera el asunto. Lo grandioso es amillonar el idioma, es instigar una política del idioma"  
(*El tamaño...*, 37-38)

Un apresurado criterio escolar —y aún admitiendo a regañadientes el verbo *amillonar* que el *Léxico* de la Academia todavía no registra— vería en esa afirmación de Borges síntomas de acatamiento a los dictados de la Corporación. Los maestros lo repiten con fervoroso entusiasmo en las escuelas, y recomiendan para enriquecer el idioma la frecuentación del diccionario. Pero sesenta años atrás Borges enfáticamente desconoció la posibilidad de esa nefanda riqueza. Leer el Diccionario es un modo de ajustarse a los perfiles que traza para cada palabra; ruta y destino del vocablo estarían ahí fijados. No hay sino que aprenderlo y repetirlo para garantizar la circulación. Pero no siempre la circulación es garantía de vida, y lo prueba tal vez tanto fósil que —tras siglos de haber ido dando tumbos— se llega

para ser apenas un testimonio inerte de sombras sin espejos que puedan devolvernos su claro lado de luz. El diccionario favorece, para Borges, la ilusión de la lengua finita, el mundo total de lo creado, el rigor formalista del número, la prescindencia probada de la imaginación, la decidida marginación del hablante, el inexorable rechazo de lo trascendente, la negación tajante de este propio río que es el tiempo, que se vería condenado a tropezar con el indudable Berceo y su *prado bien sençido*, y reconocer con el rey Alfonso que España es *abundosa de miesses*, sin poder arriesgar el nombre que nuestros nietos darán a esta ominosa época presente de violencia y horror. No, Borges no está decidido a aceptar la herencia inerte de algo que está realmente destinado a expandirse y a crecer. Sabe, en 1926, que la lengua no está hecha ni terminada, y se resiste a banderizarse. Allá los que quieren ser franceses, como una copla asegura que no quería serlo la Pilarica; y allá también los reacios a reconocer que el mundo marcha hacia algún lugar —que no será Ginebra para todos nosotros. ¿Qué tontería es ésta de que debemos conformarnos con la lengua recibida y afirmar que ya está hecha y requetehecha, y postular que todo intento por amillorarla terminaría desfigurándola? ¿Quién es el osado que arriesga esta herejía? ¿Qué es esto de la perfección que —usurpando el nombre de las Academias— postulan muchos señores con anteojos y repiten muchas de esas beatas que se persignan ante el asomo de tersos versos ultraístas? ¿Quién se atreve a explicar en buen romance en qué consiste esto de la perfección idiomática? De labios del propio Borges lo traigo:

“Esa agüería de la perfección del idioma es explicable llanamente: es el asombro de un jayan ante la grandeza del diccionario y ante el sin fin de voces entrevesadas que incluye” (*El tamaño...*, 38)

¿No tienen razón, entonces, los académicos y los profesores de lenguaje? ¿No es cierto que la consulta asidua del Léxico es provechosa, en cuanto nos asegura cultura y destreza? La Biblia era el diccionario para los románticos. ¿Existen o no existen las palabras? ¿Habla o no bien de ellas el Diccionario? ¿O acaso el Diccionario dice mentiras? ¿No dice el Diccionario la verdad? ¿No lo necesitan cuando menos poetas y escritores, ya que parece cierto que todavía no lo necesitan los políticos? ¿No será que este escritorcito Borges, como buen mozalbete, está estrenando pantalones largos y tose y enronquece la voz como si en verdad fumara fuerte tabaco negro de Cuba? Diga usted mismo, Borges, si es o no verdad que el Diccionario enriquece. Y Borges, en 1926, los ojos en plena percepción de la luz que en la vejez le será negada, pero seguro ya de su destino creador, explica cómo conviene establecer diferencias “entre riqueza especial y esencial” y expone ante nosotros su argumento:

“Derecha (y latina)mente dice un hombre la voz que rima con *prostituta*. El Diccionario se le viene encima en seguida y le tapa la boca con meretriz, buscona, mujer mala, peripatética, cortesana, ramera, perendeca, horizontal, local, instantánea, y hasta con tronga, marca, hurgamandera, iza y tributo. El compadrito de la esquina podrá añadir yiro, yiradora, rea, turra, mina, milona...”  
(*loc. cit.*).

No; por escasez de palabras no censura Borges al gran libro. No hay diccionario que no sea palabrero. Pero es muy claro para él que este enorme almacén de voces no puede asegurar el empeño de amillonar el idioma: “Eso no es riqueza —nos dice—, es farolería, ya que ese cambalache de palabras no nos ayuda ni a sentir ni a pensar” (*ibid.*). Ni a *sentir* ni a *pensar*. Digo que esta confesión me interesa.

La riqueza que permitirá atesorar tiene que ver, pues, con el sentimiento y con el pensamiento del hombre, se relaciona con su mundo sensible y con su mundo intelectual. Amillonar la lengua no está aludiendo a esa superficial apariencia de que el Diccionario puede ser cabal testimonio; se trata de nutrirla, de enriquecer la savia que le circula por dentro, de mirar lo que *en ella puede desde dentro* generar belleza y armonía. No, no es asunto de cantidad de palabras sino que parece ser de calidad, de música y color que las palabras pueden aceptar, contener, suscitar y transmitir. ¿De qué vale llenarse de sinónimos?

“Sólo en la baja, ruin, bajísima tarea de evitar alguna asonancia y de lograrle música a la oración (valiente música, que cualquier organito la aventaja) hallan empleo los sinónimos” (*El tamaño*, 39).

No es que este Borges del 26 postule la rebelión abierta y niegue el rigor de la gramática: (“yo he procurado, en los pormenores verbales, siempre atenerme a la gramática”), pero no ignora que ella sólo es un pobre reflejo de “la autorizada costumbre”. No es desafiando a la gramática como por entonces piensa Borges arriesgar el enriquecimiento de la lengua. La lucha ha de hacerse en la arena del léxico:

“...en lo esencial del léxico he imaginado algunas trazas que tienden a ensanchar infinitamente el número de voces posibles” (loc. cit.).

Debo advertir que la puntería es consciente. Respetando la gramática, imaginará trazas destinadas a ensanchar el mundo léxico. Borges sabe que la lengua es un sistema perfectamente estructurado y acaba de advertir que con sólo imaginar algunos previsibles procedimientos ha de enriquecer el arsenal léxico, y por lo consiguiente ha de imponer

al hablante creador por sobre las aparentes pretensiones constructivas del Diccionario.

Cuatro son los procedimientos anunciados en ese libro primordial. Ahí están a nuestra disposición. Primer procedimiento: “la derivación de adjetivos, verbos y adverbios de todo nombre sustantivo”. Se trata de comprender que los ejemplos favorecidos por los manuales no son ejemplos de *palabras* posibles sino de *procedimientos* posibles. Están prefiguradas virtualmente todas las que todavía no son y pueden ser. Digamos que se trata de una preclara observación estructural. Borges descubre que si partiendo de *lanza* hemos ido creando *lanceolado*, *alancear*, *lanzarse* y otros, podríamos todos acordar que “esas formaciones, en vez de privilegiadas deberían ser extensivas a cualquier voz” Si ese era el criterio de 1926, ¿cómo va extrañarnos leer en Borges muchos años después el verbo *vehementizar*? El segundo procedimiento, más interesante, se halla endeudado a la formación europea del autor y particularmente a su vinculación con la lengua alemana. Postula Borges la necesidad de ejercitarse en la separabilidad de las preposiciones separables. La posibilidad de someter al sustantivo a tales operaciones se le antoja atractiva, aunque debemos reconocer que en alemán la hace factible el rico número de ellas con que cuenta esa lengua mientras que —como el propio Borges reconoce—:

“en nuestra lengua medra la anarquía y se da casos como el del adjetivo *inhumano* con el cual no hay sustantivo que se acuerde. En el alemán coexisten ambas formas: *unmenschlich* (inhumano), y *Unmensch* (deshombre-inhombre) (*El tamaño* 40).

Mejor suerte ha tenido en el destino de la narrativa borgiana el tercer procedimiento: asegurar el uso transitivo a algunos verbos neutros y viceversa, lujo en que ya había incurrido Góngora y que Borges ilustra con este ejemplo de



cuya hechura se declara culpable: "Las investigaciones de Bergson, ya bostezadas por los mejores lectores" (ibid., 41). Y cito en último término el procedimiento que constituye el más reiterado acierto de Borges: emplear las palabras con rigor etimológico denuncia un antiguo fervor por los clásicos y reconoce una irrevocable perseverancia inglesa en el escritor. Su propia explicación no deja de ser aleccionadora:

"Un goce honesto y justiciero, un poquito de asombro y un mucho de lucidez, hay en la recta instauración de voces antiguas. Aconsejado por los clásicos y singularmente por algunos ingleses (en quienes fue piadosa y conmovedora el ansia de abrazar latinidad) me he remontado al uso primordial de muchas palabras. Así, yo he escrito *perfección del sufrir*, sin atenerme a la connotación favorable que prestigia esa voz, y *desalmar por quitar el alma*" (El tamaño, 41).

No lo connotativo, que resulta lo agregado por el sentimiento que el uso propicia, sino la asepsia de la hora inaugural. A Borges le interesa desde su iniciación literaria una esfera específica del lenguaje; y en casos del lenguaje no quiere él caer en la confusión de quienes en su abundancia de pobreza "sólo buscan en las palabras su ambiente, su aire de familiar, su gesto". Ver las palabras como si fuesen objetos que pueden tal vez impregnarse del color con que nuestra imaginación los vista le resulta más atrayente.

"Lo que persigo es despertarle a cada escritor la conciencia de que el idioma apenas si está bostezado y de que es gloria y deber suyo (nuestro y de todos) el multiplicarlo y variarlo" (ibid., 42)

Este tema del enriquecimiento posible del idioma ha visitado a Borges en más de una ocasión. ¿Qué quieren decir quienes califican al español de lengua rica e incitan a ex-

tender esa riqueza? ¿Qué sentido tiene, en los albores del siglo XX, gloriarse —como en la Corte de Carlos V— por los méritos del español frente a lenguas como el francés, y tener a ésta como proveedora de tantos galicismos? ¿Es que vamos a ponernos a contar las palabras de cada diccionario y ventear públicamente que tenemos treinta mil voces más que el diccionario de Francia, como es verdad que las tenemos? ¿Y eso qué, aparte de que sea verdad? No podemos, por lo pronto, canjear palabra por palabra. ¿Y acaso eso hace más rica la lengua nuestra? ¿Es canjeable, de algún modo, esta evidente capacidad numérica por una equivalente superioridad mental? ¿De qué estamos hablando entonces? En su ensayo *Palabrería para versos* leemos:

“Yo personalmente creo en la riqueza del castellano, pero juzgo que no hemos de guardarlo en haragana inmovilidad, sino multiplicarlo hasta el infinito” (*El tamaño*, 45).

Desde este libro anuncia Borges su objetivo y delinea su estrategia: probar que cualquier léxico es perfectible. Es cuestión de tomar conciencia de la distancia entre apariencia y realidad. El mundo de lo aparente tiene también su correspondiente lenguaje, que resulta ser el de nuestra inveterada monotonía coloquial. La apariencia nos hace vivir en “un tropel de percepciones barajadas” que el lenguaje va sucesivamente ordenando y nos ayuda a mentir con eficacia, y así ocurre que

“Palpamos un redondel, vemos un montoncito de luz color de madrigales, un cosquilleo nos alegra la boca, y mentimos que estas tres cosas heterogéneas son una sola que se llama naranja” (*loc. cit.*)

Pues bien, para Borges ese sustantivo *naranja* es parte del mundo que inventamos. Por algo es verdad que el signo

lingüístico es arbitrario, y acá en la Academia no suena extraña esa afirmación. Un año atrás, las *Inquisiciones* de 1925 habrían paso al intento de examinar alguna metáfora con estas palabras:

“lo que nombramos sustantivo no es sino una abreviatura de adjetivo y su falaz probabilidad muchas veces. En contar frío, filoso, hiriente, inquebrantable, brillador, puntiagudo, enunciamos *puñal*; en sustitución de ese alejamiento de sol y progresión de sombras, decimos que *anochece*. Nadie negará que esa nomenclatura es un grandioso alivio de nuestra cotidianidad” (*Inquisiciones*, 65-66).

Inventar es, pues, la consigna borgiana. Pero inventar con claros designios de comunicación, con propósitos enraizados en la naturaleza misma del instrumento y en las posibilidades del hablante creador. Esta insistencia de Borges en “el carácter inventivo que hay en cualquier lenguaje” es intencional: al fin de cuentas, “la lengua es edificadora de realidades”. Con la lengua se construye el mundo, y Borges comienza desde sus ensayos iniciales a disponer los trebejos con que va a instrumentar este mundo verbal que nos ha de convertir en partículas previstas de su incesante discurso. Se trata de una aventura poética en el estricto valor nutricional de la palabra *poesía*, porque “sólo la poesía —arte manifiestamente verbal, arte de poner en juego la imaginación por medio de la palabra— es limosnera del idioma de todos” (*Tamaño*, 47).

Me detengo un instante: esta creación se reclama —como le oímos decir— del lenguaje de todos. Para ello no necesitamos el auxilio de los preceptistas sino el de quienes hacemos sencillamente la vida en el cotidiano comercio de las palabras. Como en la época clásica, en los hablantes circula la mejor savia. Los preceptistas, no:

“Los preceptistas hablan de lenguaje poético, pero si queremos tenerlo, nos entregan un par de vanidades como *corcel* y *céfiro*, y *purpúreo*, y *do*, en vez de *donde*. ¿Qué persuasión de poesía hay en soniditos como esos? ¿Qué tienen de poéticos? (*Tamaño*, 48).

De lo que se trata es de inventar un léxico deliberadamente poético. Por eso exclama Borges: “¿Por qué no crear una palabra, una sola, para la percepción conjunta de los cerros insistiendo en la tarde y de la puesta del sol en la lejanía” (*ibid.*, 48-49). “Por qué no —insiste— una palabra que pueda decir ella sola la buena voluntad, conmovedora de puro ineficaz, del primer farol en el atardecer aún claro”.

Uno de los procedimientos consabidamente explotados con maestría por Borges concierne al uso de los adjetivos. No hay crítico desentendido hoy de la tesonera adjetivación borgiana, pero a pocos ha interesado una inquietud que merecería atarearnos si el tiempo fuese en generosidad tan dispendioso como lo es en avaricia. Para combatir la actitud de quienes censuran la reiterada y poco novedosa adjetivación homérica, Borges prefiere pensar que en Homero la adjetivación no traduce ninguna expresa intención de belleza, sino que aparece apenas como testimonio de una costumbre antes que como intento probable de originalidad. No es novedad para él que eso ocurra, y ofrece para demostrarlo “desalentadores ejemplos” de Fray Luis. Es que los antiguos buscaban satisfacer con la adjetivación propósitos muy distintos de los nuestros. Para un poeta de nuestro siglo, el adjetivo es un instrumento de enriquecimiento, una variación, y por eso encierra una intención creadora. Y hay valientes testimonios de Quevedo, cuyo sólo nombre es “argumento convincente de perfección”. Borges exalta ilustrativos ejemplos (“ojos hambrientos de sueño”, “humilde soledad”, “caliente mancebía”, “boca saqueada”, “almas vendibles”), y evoca con simpatía

los intentos de Quevedo por sacar a las palabras de su repetida función sustantiva, empeño que estalla en aciertos como “palabras murciélagas”, “quijadas bisabuelas”, “hombre crepúsculo”. En todo adjetivo se esconde claramente una facultad que —según Borges— hace viable la descripción, aunque pueda demorar la eficacia del relato: “la de obligar a la atención del lector a detenerse en el sustantivo” (*Tamaño*, 58).

Cuando mejor comprobamos en Borges la buena fibra de hablante consciente de sus facultades creadoras es precisamente cuando lo vemos engolosinado con su propia sustancia, y nos engaña y se extasia gozoso ante su invendible derecho de primogenitura para explicarnos o bien el concepto, o la imagen, o bien la clara luz de la palabra *noche*. Un año atrás, en 1925, había recordado que desde que así la proclamara Jean Paul Richter:

“la noche es azul. Antes fue sempiternamente renegrida. La tal contrariedad escandaliza a Martínez Sierra que... increpa a los poetas que... amancillaron con adjetivación proterva el cielo nocturno y les acusa de no haberla jamás contemplado. Yo no creo tal cosa... (*Inquisiciones*, 157-58).

Tampoco esta vez toma Borges partido en la contienda: nochinegristas y nochazulistas tienen cada cual su pizca de razón. A él lo trajinan otras preocupaciones. Si los clásicos tenían que hablar de la noche como de cosa “lóbrega, hostil, que halló cabida en lo de *negro*, útil además como antítesis del esplendor que muestra el día”, justificado podía estar que los románticos “la consideraran en cambio como una época de placentera mansedumbre... e hicieran bien en azulearla” (*Inquisiciones*, 158). Pero, ¿es que acaso cuando usamos la palabra (es decir, cuando el hombre la vive) ‘la noche’ es esa ignorancia que nos avienta el diccionario? Un año después Borges reitera el tema, y en un mo-

mento de irónico análisis lingüístico tropieza con un pésimo verso cervantino:

En el silencio de la noche, cuando  
ocupa el dulce sueño a los mortales

Otra vez la palabra solicita al poeta y le ofrece pretextos. El diccionario nos alerta de este modo: "Parte del día natural en que está el Sol debajo del horizonte". Estas palabras resumen la protesta borgiana:

"Es una definición cronométrica, practicista. ¿Qué noche es esa sin estrellas ni anchuras, ni tapiales que son claros junto a un farol, ni sombras largas que parecen zanjones sin nada? ¿Esa noche sin noche, esa noche de almanaque o de relojería, en qué verso está? Lo cierto es que ya nadie la siente así y que para cualquier ser humano en trance de poetizar, la noche es otra cosa. Es una videncia conjunta de la tierra y del cielo, es la bóveda celeste de los románticos, es una frescura larga y sahumada, es una imagen espacial, no un concepto, es un mostradero de imágenes" (*Tamaño*, 111).

Como vemos, en un año hemos avanzado, y el idioma de Borges se ha ido amillonando. La noche de ahora es una "imagen espacial", "una videncia conjunta de la tierra y del cielo", "un mostradero de imágenes", "una frescura larga y sahumada": es decir, la negación de toda lógica. Aun cuando no acierte a explicarnos el fenómeno, Borges la ve y la advierte tal vez inefable, como tantas otras visiones de su ejercicio literario:

"¿Cuándo empezó a verse la noche? No podemos averiguarlo, pero es lícito suponer que no la levantamos de golpe. Ni vos ni yo dimos con el sentido reverencial que tenemos de ella: para eso

ha sido menester muchas vigiliias de pastores y astrólogos y de navegantes y una religión que lo ubicase a Dios allá arriba, una firme creencia astronómica que la estirara en miles de leguas” (*ibid.*, 111-112).

Los escritores son parte de esta trama, y colaboran en la recreación y deformación probable de la imagen, y terminan operando subliminalmente en el modo como el hombre asume las palabras. Por eso en Borges la noche es ahora una suma de otras noches leídas y asumidas y vividas en donde se hermanan las confundidas voces de Virgilio y de San Juan de la Cruz:

“Sin yo quererlo están en mi visión de la noche el virgiliano *Ibant oscuri sola sub nocte per umbram* y la noche amorosa, la noche amable más que la alborada de San Juan de la Cruz” (*ibid.*, 112).

Y si la noche de que él reclama, frente a la aséptica y puntualmente escondida en el Diccionario, es noche con cielo y estrellas, en algo parecida a la *ciega noche* de Quevedo, es porque para Borges lo que importa —frente al lenguaje de la literatura—

“es nuestra codicia de almas, de destinos, de idiosincrasias, codicia tan sabedora de lo que busca, que si las vidas fabulosas no le dan abasto, indaga amorosamente la del autor” (*Tamaño*, 147).

Todo el estilo de Borges ha sido fruto de esta paulatina apropiación del lenguaje de los otros en lo que tiene de sencillo y eficaz. No se conforma con sólo recordar la frase con que Sábato cierra uno de sus cuentos: “*Hizo fuego casi con desdén*”, sino que gozosamente se apropia de ella y la incor-

pora con toda naturalidad en *La muerte y la brújula*. Y lo celebra como quien agradece un regalo inesperado.

Emoción y calor humano fueron ingredientes justificatorios del lenguaje en Borges. Aprovechando unas reflexiones sobre Whitman, no vaciló en confiarnos su credo expresivo:

“Aunque el verso libre no sea a veces otra cosa que un simulacro tipográfico, este simulacro sirve para indicar al lector *de qué manera debe sentir las palabras del poeta*: como una exaltación, no como un razonamiento o como la notificación de un hecho” (*La Prensa*, Buenos Aires, 2 ago. 1958).

El contexto vital integraba para él el círculo de la comunicación. Cuando se estudie la sintaxis, y se asigne la debida importancia al papel que en sus esquemas rítmico-sintácticos sabe desempeñar la puntuación, se pondrá tal vez de relieve el prestigio que la oralidad tuvo siempre para Borges, y sabremos reconocer cómo el tono conversacional marca el ritmo de la poesía que quiso escribir. Para él era muy claro que si el lenguaje fuese incapaz de encender el ánimo, no tendría para qué haber sido puesto al servicio del hombre. Por eso —al analizar con cariñosa expectativa el idioma de los argentinos— confiesa sus anhelos de una lengua “de beneplácito y de pasión”. Y si bien tiene por significativo que “alguien se afirme venturoso en lengua española, y que el pavor metafísico de gran estilo se piense en español” (*Idioma de los argentinos*, 35), no se arredra al sentirse visitado por la urgencia de “un español dócil y venturoso, que se llevara bien con la apasionada condición de nuestros ponientes y con la infinidad de dulzura de nuestros barrios y con el poderío de nuestros versos y nuestras lluvias y con nuestra pública fe”. Un idioma, en fin, para un hombre concreto de un mundo concreto. Concreto, y a la vez infinito. Basta con escribir la intimidad. La de la carne y la de la razón,



la de los sueños y la de las penas del hombre; y entonces estaremos así compartiendo la razón, la intuición y los sueños de los que somos, los que han sido y los que serán.

No interesa aquí, ahora, acortarles la voz a todos los negadores de la excelencia del español atesorado en los escritos borgianos, porque sólo he querido ocuparme de esta estrategia del hablar que Borges anuncia en sus libros primeros, estrategia que él supo ir recreando y modelando y cumpliendo en la heredada lengua cuyo curso enriqueció con viejas aguas de otras ricas vertientes. Hoy reconocemos en él al creador de la lengua. Cantó y exaltó a los antepasados de su sangre y a los antecesores de sus sueños. Trabajó en firmes palabras el genuino usufructo del idioma, sintió por todos nosotros "el pavor de la belleza", y ha querido acertadamente escoger la ciudad de Ginebra para la compartida inmovilidad con Berkeley y Stevenson, con Milton y Quevedo, una y otras varias veces con Chesterton. Recorre ahora con vagos pies la casa de Asterión y tropieza con Macedonio Fernández y Lugones y Sarmiento. Y tal vez cruza los vastos campos peruanos de Junín en busca de la ciega espada de sus antecesores. Está alerta como incesante espejo del tiempo. Que Borges era universal fue hasta ayer una aceptable metáfora. Decir que es 'nuestro' es una tajante verdad.

PRESENTACION DEL LIBRO *OBRA SELECTA* DE  
DON JOSE JIMENEZ BORJA  
(Sesión Pública del 24 de noviembre de 1986)

DISCURSO DEL ACADEMICO DON ALBERTO TAURO

La Academia Peruana de la Lengua tributa su homenaje al doctor José Jiménez Borja, quien sucesivamente fue secretario perpetuo (1941-1979) y director (1979-1982) de la corporación. Cristaliza así el cálido recuerdo que le consagran sus discípulos y sus colegas; y al presentar con tal propósito su *Obra Selecta*, renueva la comunicación mantenida en el aula escolar, los claustros universitarios o la austera preocupación académica. E inclusive restaura el testimonio de su trayectoria vital y la coherente versatilidad de sus afinidades culturales.

Como maestro y cultor del buen decir, José Jiménez Borja supo realzar la precisión de sus lecciones con una apropiada eufonía del habla; y aun ajustando sus conceptos a la pausada fluencia de la razón, acertó a insuflarles la modulación inspirada por la intención y el sentimiento. Su dominio de las formas fue suscitado quizá por su juvenil incidencia en el cultivo de la poesía, y por su efusión sentimental ante las tradiciones y los afectos de su pueblo nativo; pero a través de los años se enriqueció con la un-